



*Una mujer
de mundo*

LA FIESTA DE SAN VALENTÍN 3

NINA KLEIN

UNA MUJER DE MUNDO

LA FIESTA DE SAN VALENTÍN - PARTE 3

NINA KLEIN

© 2019, Nina Klein

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso del autor.

ÍNDICE

Aviso importante

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Epílogo

Acerca de la autora

Otras historias de Nina Klein

AVISO IMPORTANTE

Atención: esta es una historia con escenas de sexo explícito, apta solo para un público adulto.

Solo para mayores de 18 años ;)

UNO

BEVERLY

La vida es lo que pasa mientras miras al infinito con una coca cola zero en la mano.

Quien dice mirar al infinito, dice mirar a la gente bailando en la pista improvisada en medio de la oficina.

Se lo había dicho antes a Fiona y Maya, en el baño, y lo seguía manteniendo: no era buena idea beber en las fiestas de la oficina. Ya fuese la de Navidad, o aquella fiesta que a alguien se le había ocurrido dar por San Valentín.

Mala idea no era. La fiesta, digo. Lo que era mala idea, muy mala idea, era beber... alcohol, al menos, pensé mientras daba otro sorbo a mi lata de coca cola.

Tenía que haber cogido un vaso de plástico. No me gustaba el sabor de las bebidas en vaso de plástico, pero menos me gustaba chupar una lata de metal.

ME LLAMO BEVERLY (DIOS, hasta mi nombre es aburrido), Bev para casi todo el mundo, y tengo que hacer una confesión: no me ha pasado nada en 25 años. Casi 26.

Nada.

Cero.

Ni aventuras, ni nada medianamente interesante. Nunca he hecho nada por impulso, toda mi vida ha estado cuidadosamente planificada, al detalle.

Estudia, saca buenas notas, un segundo idioma, clases de piano, carrera de económicas, trabajo de oficina...

¿Adónde me había llevado todo aquello?

Sí, era capaz de pedir vino en francés y sabía leer una partitura... ¿y?

¿¿Y??

Casi todas mis amigas de la escuela y el instituto estaban emparejadas, prometidas o en proceso. Las fotos que subían a Instagram siempre eran de viajes en pareja, y las invitaciones de boda estaban empezando a llegar a mi buzón cada vez con mayor frecuencia. De momento solo había ido a una boda —sola, por supuesto— pero se había abierto la veda.

No es que estuviese celosa. O no mucho.

¿Estaba *celosa*? ¿Era eso lo que me pasaba? ¿Por eso estaba tan inquieta, últimamente?

Un marido. Una casa con jardín. Dos hijos, niño y niña, a los que obligar a aprender un segundo idioma y a tocar un instrumento...

Ese era el futuro, mi futuro, o al menos lo que todo el mundo esperaba que hiciese, escrito en letras grandes, como un naufrago escribe SOS en la arena por si le ven desde el cielo.

Suspiré.

Después de mi triste vida, podía seguir analizando mi aspecto: aburrido. Soso. El pelo rubio color miel, que no tenía ni una onda ni un rizo y que me caía sobre los hombros como una sábana planchada. Nunca me había teñido el pelo. Nunca me había cortado más que las puntas, la largura la misma desde que tenía uso de razón, hasta la mitad de la espalda.

Por no tener, no tenía ni capas.

El cuerpo, normal, de ir al gimnasio. Alta. Larguirucha, más bien. En la escuela siempre me habían llamado *la jirafa*.

Miré mi coca cola zero con disgusto. ¿Me gustaba? ¿O solo la bebía porque se suponía que la tenía que beber?

No bebía alcohol, salvo en ocasiones: celebraciones, año nuevo, etc. Vamos, que el único alcohol que bebía era champán, cuando tocaba. A veces vino pijo en las comidas a las que iba con mis padres, a sitios igual de pijos.

Solo había tenido que oler el vino en vasos de plástico que todo el mundo estaba bebiendo para saber que no era para mí.

¿Quién era? ¿Qué estaba haciendo con mi vida?

No había nada especial que hubiese provocado aquella crisis, las preguntas filosóficas que me estaba haciendo mientras la gente bailaba y se

divertía a mi alrededor. No era que aquella fiesta hubiese servido de disparadero, ni mucho menos. De hecho, llevaba pensando en ese tipo de cosas los últimos meses, no sabía por qué.

Estaba harta: harta de hacer siempre lo mismo, todos los días, todos los fines de semana. Harta de buscar un novio, como si eso fuese lo más importante en la vida; de que mi madre me concertase citas a ciegas con los hijos de sus amigas del club de campo, a cual más creído y aburrido.

Había tenido un novio, en la universidad, durante dos años. La única época en que mi madre me había dejado tranquila. Hasta que le había pillado con otra.

Evidentemente, había terminado la relación en ese mismo instante.

Te has precipitado, me había dicho mi madre chasqueando la lengua, como siempre que hacía algo que no le gustaba. Frederick era hijo de uno de los amigos de mi padre, que tenía un bufete de abogados, donde iban a enchufarle justo después de graduarse. *Tienes que pensar en el futuro*, me dijo.

Y eso estaba haciendo: si me engañaba cuando solo llevábamos dos años juntos, ¿qué futuro me esperaba?

En definitiva, y para resumir, estaba empezando a verle las costuras a aquel mundo de apariencias y postureo donde había vivido siempre.

Me fijaba en la gente de mi alrededor, la gente con la que trabajaba: personas de verdad, reales. Gente a la que le pasaban cosas. Vidas con contenido, con personalidad.

Sin ir más lejos, mis compañeras de trabajo: Fiona, la jefa, eficaz y eficiente, y que sabía llevar unos zapatos de marca como nadie. Pati, con su mechón rosa y diciendo siempre lo que pensaba. Maya, que lo tenía todo superclaro, sabía lo que quería e iba a por ello.

¿Y yo? ¿*Quién era yo?*

No era más que una cría sin experiencia, a pesar de tener casi 26 años. Una cría bebiendo coca cola, apartada y sola el día de San Valentín.

¿Qué quería ser, quién quería ser? De momento, quería ser *una mujer de mundo*, como mis compañeras de trabajo. Alguien que hubiese vivido. A quien le pasasen cosas. Buenas, malas o regulares; pero *cosas*. Algo, lo que fuera. O iba a morir de aburrimiento.

Tenía que ponerme metas. Una lista. Un plan.

No. Ya empezaba a ultra analizarlo todo, como siempre. Si me descuidaba, iba a encontrarme delante del ordenador creando una hoja de Excel llamada “vivencias”, con plazos y gráficos.

¿Por dónde empezar, de todas formas?

Por lo fácil: hombres. Necesitaba más experiencia en ese sentido, eso estaba claro. Iba a tener una lista de conquistas tan larga como mi brazo. Era fácil, ¿no? O eso decían: que una solo tenía que chasquear los dedos y aparecían 500 tipos con los que acostarse.

Miré a la gente de la fiesta y arrugué la nariz. El problema era encontrar a alguien con quien yo *quisiera* acostarme.

No es que mi experiencia hasta ese momento fuese una maravilla, la verdad... quitando a Frederick (no, nunca le había llamado *Fred*: no le gustaba acortar su nombre, decía que era vulgar... en fin), el par de experiencias que había tenido en la universidad prefería olvidarlas, de lo tristes que eran.

Resumiendo: nunca había tenido un orgasmo que no fuera autoinducido.

Ya está, ya lo había dicho.

Pero era normal. Para aprender algo hay que practicar, ¿no? Así que eso era lo primero que iba a hacer... El primer paso de mi nueva vida: una lista de conquistas. No podía ser una mujer de mundo sin tener *mundo*.

Volví a mirar a mi alrededor, a los hombres de mi oficina, y me invadió la desesperación. ¿Era demasiado exigente? Igual sí, pero no me veía *confraternizando* con cualquiera, la verdad. Por lo menos tenía que sentir cierta atracción. Aunque solo fuera un poco.

Otro problema era que no tenía ni idea de por dónde empezar, qué decir, qué hacer, cómo comportarme o cómo comunicar que quería un rollo pasajero. Una aventura de una noche. Un soltarme el pelo, vaya. ¿Desmelenarme? Daba igual cómo llamarlo, seguía teniendo nula experiencia en el asunto.

—¿Vienes mucho por aquí? —dijo alguien, de repente, a mi espalda.

DOS

BEVERLY

Buf, quitando alguna mala película de los ochenta, creía que nadie decía ya ese tipo de cosas.

Me di la vuelta, para ver quién era el emisor de tan brillante frase.

Y... *bingo*.

Si olvidaba lo que acababa de salir de su boca, había encontrado al candidato ideal para lo que tenía en mente.

Miré al recién llegado de arriba a abajo, intentando ser discreta (todo lo discreta que se puede ser cuando una está mirando a alguien de arriba a abajo, claro): moreno, alto, con unos ojos azules como el mar y unos labios para el pecado...

Mmmm.

No le había visto antes, nunca, de eso estaba segura. Me acordaría de él. Era imposible ponerle la vista encima y que su cara (y su cuerpo, *dios*) no se quedasen grabados en la retina... ¿de dónde había salido?

No, en serio, ¿de dónde? En mi planta no trabajaba, de eso estaba segura. Quizás (*ojalá, ojalá*) fuese amigo de alguien. Le hubiese invitado alguien.

No quería liarme con ningún compañero de trabajo. Era cierto que hasta cinco minutos antes había estado ojeando las posibilidades a mi alrededor, pero si tenía que ser sincera... *no*. Liarse con alguien de la oficina era muy mala idea.

No quería tener una aventura de una noche y luego tener que encontrarme

al tipo todos los días merodeando por allí... No, gracias. No tenía tanta experiencia como para saber llevar una situación así. Acabaría evitándole a toda cosa, como hacíamos con Tim la Comadreja.

No es que hubiese tenido nunca nada con Tim (me daban arcadas solo de pensarlo), pero le evitábamos por defecto.

Al grano, que me estaba distraendo: seguí escrutando al tipo. Aparte de alto, llenaba de forma excelente el traje gris marengo que llevaba puesto. Con mi ojo para los cortes y las telas, me di cuenta de que la calidad del traje era excesiva para los sueldos de los que trabajábamos en aquella planta.

Aunque eso no quería decir nada. Mis propios trajes —de pantalón, no me gustaban los trajes de falda— eran demasiado caros para mí, pero mi madre se empeñaba —todavía, a aquellas alturas— en encargarme y comprarme la ropa en la modista de toda la vida. Así que siempre acababa con ropa que no me gustaba y que no era de mi estilo. Menos los trajes para ir a trabajar, que me daban igual, ni me gustaban ni me dejaban de gustar: eran simplemente un uniforme.

Apunté mentalmente lo de la ropa: otra de las cosas que me irritaban. Al final sí que iba a tener que hacer una lista en una hoja de cálculo: cosas que me molestaban y que tenía que cambiar en mi vida. Iba a ser una lista muy larga.

Miré al desconocido. Su primera frase había sido bastante triste, no era muy imaginativo, pero era ideal (más que ideal) para el asunto que me ocupaba. Si no recibía una oferta mejor en los siguientes diez minutos —y lo dudaba mucho— probablemente tendría el honor de ser el primero en mi larga cadena de conquistas.

Le eché otro vistazo al hombre e intenté calmar mi respiración, que se me estaba acelerando por momentos. Era atractivo. *Extremadamente* atractivo.

Tuve que tomar aire un par de veces, antes de poder hablar. La verdad es que su absurda frase inicial había ayudado, si no ahora estaría todavía más nerviosa por hablar con él de lo que ya lo estaba.

Me di cuenta que con tanto monólogo interior no había respondido a su inane pregunta de *vienes mucho por aquí*:

—Teniendo en cuenta que trabajo aquí... sí —respondí por fin.

El tipo cerró los ojos un instante, como si acabase de darse cuenta de lo patético de su pregunta, y solo con eso, sin saber quién era todavía, me cayó un poco mejor.

—Me he expresado mal —dijo.

Obviamente.

—¿Trabajas aquí, entonces? —preguntó, a pesar de que acababa de decirle que sí. Aunque parecía que lo preguntaba para asegurarse, como si estuviese un poco decepcionado.

—Sí —como no decía nada más, como si le hubiese partido un rayo de repente, extendí la mano—: Beverly. Beverly Simmons. Aunque todo el mundo me llama Bev.

Al contrario que Frederick, yo no tenía ningún problema en acortarme el nombre, aunque mi madre lo odiaba. A mí me daba igual: corto o largo, era igual de horrible.

—John... —extendió la mano, como si fuese a añadir el apellido, pero no dijo nada más y se limitó a estrechar la mía.

TRES

JOHN

En el último momento evité decirle mi apellido a la chica. No era que me delatase inmediatamente: a diferencia de mi amigo Bruce, la empresa no se llamaba como yo. Pero mucha gente conocía el nombre del vicepresidente, aún sin haberme visto nunca, y quería librarme de cazafortunas. Por si acaso.

Eso no quería decir que aquella chica lo fuese, pero repito, era solo por si acaso.

LA TARDE NO PINTABA BIEN. Por lo menos hasta ese momento. Acabábamos de llegar a la fiesta de empresa a la que había arrastrado a Bruce, mi mejor amigo y presidente de Holland Enterprises. Yo era el vicepresidente, no por casualidad: siempre habíamos trabajado juntos, nos conocíamos desde la universidad y formábamos un buen equipo. Le había llevado allí casi contra su voluntad: Bruce no era precisamente la persona más sociable del mundo. Pero como presidente de la empresa desde hacía tres meses, le iba a venir bien mezclarse con los empleados, que empezaran a conocerle un poco.

Lo que no imaginé era que aquello, más que una fiesta, iba a terminar siendo una reunión cutre con música de los noventa, una decoración horrible y vino barato en vasos de plástico.

No sé a quién le habían dejado la organización, pero había pinchado.

Aunque a pesar de todo la gente parecía estar pasándose bien, en

general. Quizás estuviesen todos borrachos. La única manera de soportar aquello, las Spice Girls saliendo por los altavoces *bluetooth* que alguien había colocado estratégicamente por las esquinas de la oficina.

Sin embargo, desde que habíamos llegado, en vez de mezclarse con los empleados Bruce se había limitado a charlar —un poco demasiado cerca, en mi opinión— con una mujer de vestido negro y melena castaña.

Estaba pensando en cómo llevarme a mi amigo de allí discretamente, o hacerle circular, cuando posé la vista en una chica con una lata de coca cola zero en la mano y pinta de aburrída.

Me quedé parado de repente, el botellín de cerveza que acababa de coger en la mano, como si alguien me hubiese golpeado con un martillo gigante en la cabeza, como en los dibujos animados. Esperaba ver pájaros revoloteando alrededor de mi cabeza de un momento a otro.

Lo primero en lo que me había fijado era en la curva del cuello que la coleta alta y rubia dejaba al descubierto, la nuca de piel cremosa que invitaba a depositar allí los labios...

Me acerqué casi sin darme cuenta, atraído por aquella nuca. La chica era alta, espigada, con un traje negro con rayitas grises impecable y una blusa verde oscuro debajo. Parecía totalmente fuera de lugar, no solo porque permanecía apartada del resto de la gente, la lata de coca cola zero en la mano, sino porque sobresalía entre la grisura de la oficina que nos rodeaba, por su altura y por su aspecto. Parecía una modelo haciendo un reportaje fotográfico titulado *un día en la oficina*.

Me acerqué a ella, sin poder evitarlo, atraído por la curva de su cuello... y fue entonces cuando dije, sin pensar, la frase más absurda del mundo:

—¿Vienes mucho por aquí?

No podía creerme que aquello hubiese salido de mi boca. Dios.

Entonces se dio la vuelta y me quedé, literalmente, sin aliento.

Si me había intrigado de espaldas, ahora era cuando estaba realmente en problemas: los ojos grandes, color chocolate, de pestañas espesas y negras, contrastaban con el pelo rubio miel. Sin apenas maquillaje, de repente los labios sin pintar me parecían los más atractivos del mundo.

Vi cómo me miraba durante unos momentos, tomándome en consideración.

—*Teniendo en cuenta que trabajo aquí... sí.*

No es que mi brillante frase fuese a asegurarme nada con aquella mujer, pero si tenía alguna posibilidad, se había desvanecido en cuanto me había enterado de que trabajaba allí.

Tenía mis propias ideas, bastante estrictas (pero útiles) sobre relaciones sociales con gente que trabajaba en la compañía. Lo mejor, y lo más fácil, era cero contacto personal: *confraternizar* con empleados estaba totalmente prohibido, no solo para nosotros, si no para cualquier jefe (o jefa) y sus subordinados. No era una relación de igual a igual, podía dar lugar a malentendidos, así que era mejor prohibirlo como política de empresa, por si acaso.

Al menos era mi opinión, lo que siempre había creído que era lo correcto.

Ahora mismo, mis propias convicciones me estaban pesando como una losa. Pero también me tenía por una persona íntegra: no podía predicar una cosa y hacer la contraria.

Así que me despedí mentalmente de la curva de su cuello, si es que hubiese tenido alguna posibilidad desde el principio, claro.

CUATRO

BEVERLY

El hombre —John, había dicho que se llamaba— se sentó a mi lado, y me puse absurdamente nerviosa.

Había otra razón para mi repentina idea de convertirme en una “mujer de mundo”: Los orgasmos autoinducidos habían dejado de surtir efecto, y me encontraba de repente... no sabía cómo explicarlo: inquieta, en un estado de excitación permanente. Desde que lo había dejado con Frederick no me había acostado con nadie. Tampoco mi exnovio era muy bueno que digamos (también era verdad que no tenía con quien comparar), pero al menos algo era algo.

Tragué saliva. No sabía por qué aquel hombre me ponía nerviosa, o igual era la situación, pero era un hecho. Tenía el corazón en la garganta.

Tenía que preguntarlo, y tenía que hacerlo ya. *Como quitarte una tirita, Bev*, pensé. Hazlo rápidamente, sin pensar, sin darle vueltas.

Tomé aire.

—Igual puedes ayudarme —dije, dándole un sorbo a la lata de coca-cola. De repente tenía la garganta seca, como si estuviese forrada con papel de lija.

John levantó una ceja. Dios, hasta sus cejas eran atractivas.

—¿Ayudarte? ¿Cómo? —preguntó, con algo de desconfianza.

No me extrañaba. No hacía ni cinco minutos que se había acercado, y ya le estaba pidiendo favores... y eso que todavía no había ido al grano. Tomé aire de nuevo. Bebí otro sorbo de mi lata. El corazón me latía a mil por hora, como cuando tenía que hacer una presentación en público. Solo esperaba no

desmayarme.

—¿Quieres tener un rollo de una noche conmigo?

JOHN

TAMBIÉN ERA mala suerte que me hubiese pillado bebiendo justo en ese momento.

Me atraganté y la cerveza estuvo a punto de salirme por la nariz. No era una sensación agradable. Empecé a toser y la chica —Beverly, o Bev, mejor— me dio unas palmadas en la espalda.

—¿Estás bien?

La miré con los ojos llorosos.

—Creo que sí.

Me sequé los ojos con la manga del traje y respiré hondo un par de veces.

—Perdona... ¿Qué? —pregunté.

—Ya me has oído —dijo, poniéndose roja hasta la raíz del pelo.

Tenía razón. La había oído, o no me habría atragantado. Pero era tan absurdo que estaba seguro de que había oído mal.

Parecía que no. Moví la cabeza a uno y otro lado. No, aquello tenía que ser una broma... de Bruce, seguramente.

—¿Estás compinchada con Bruce, verdad? ¿Es una broma?

Una broma pesada, por otra parte, porque desde que la mujer había pronunciado las palabras “rollo de una noche”, tenía el pulso a mil...

Miré hacia donde estaba Bruce, entrecerrando los ojos. Seguía a su rollo, hablando —flirteando, más bien— con la mujer del pelo castaño y el vestido negro.

Bev frunció el ceño.

—¿Quién es Bruce?

Joder, parecía sincera.

—Rebobinemos —dije, tomando aire—. He llegado hace dos minutos y medio, apenas sé nada más que tu nombre, y me estás pidiendo... ¿qué, exactamente?

Volvió a ponerse roja.

—No es para tanto. Estaba aburrída, y estaba pensando... pensaba que estaría bien, sería interesante tener una aventura de una noche —empezó a

balbucear—. Has llegado, has venido a decir hola, no estás mal —si se ponía un poco más roja iba a empezar a arder espontáneamente— y he pensado que podías estar interesado. Pero si no es así, perdona. Igual tienes novia. O novio. O simplemente no quieres. Tampoco he tenido nunca un rollo de una noche, no sé cómo funciona... el protocolo. Mejor olvida lo que he dicho —concluyó deprisa, dándole un sorbo a su lata.

Una aventura de una noche. Sonreí, sin poder evitarlo.

—Cariño —le di un trago a mi cerveza—, si tienes que llamarla así, está claro que nunca has tenido ninguna. Y no, no tengo novia —añadí—. O novio.

Pero eso era lo de menos. En esta vida, desgraciadamente, uno no puede hacer siempre lo que quiere.

Me miró, desafiante, a pesar de su cara roja. No pude evitar pensar que el rubor le sentaba estupendamente...

—¿Entonces? ¿Qué dices? —preguntó, casi desafiante, levantando las cejas.

CINCO

JOHN

Estaba pensando cómo preparar mi respuesta, que tenía que ser un no, a mi pesar, cuando vi a Bruce salir por la puerta. Solo.

Tengo que confesar que me sorprendí. Tal y como se estaba desarrollando la tarde, la conversación con la mujer, y conociendo a Bruce como le conocía, estaba seguro de que allí había algo más que una charla amistosa.

Entonces la mujer miró a su alrededor, intentando disimular —sin conseguirlo—, fue hacia su escritorio, cogió sus cosas y salió de la oficina dos minutos después, el abrigo colgando del brazo, el bolso en la mano.

Meneé la cabeza. Cuando le dije a Bruce que tenía que mezclarse con sus empleados, no me refería a eso... Era todo tan obvio que daba pena: él saliendo primero, la chica mirando a su alrededor con cara de culpabilidad, saliendo dos minutos después.

Me volví hacia Bev. Dios, era guapísima. La nariz ligeramente respingona, y ese aire de inocencia, de no saber lo que estaba pasando a su alrededor...

—*Hum* —dijo Bev, mirando en la misma dirección que yo—. ¿Quién es el hombre que ha salido con Maya?

Parecía que no era el único que se había dado cuenta de la torpe jugada. Imaginé que Maya era la mujer que había estado hablando con Bruce. Miré alrededor con disimulo. Por lo menos éramos los únicos que estábamos prestando atención, el resto de la oficina estaba a su bola.

Abrí la boca para hablar, no para decirle quién era Bruce —cuanta menos

gente tuviese esa información, mejor— sino para cambiar de tema, cuando justo en ese momento Chantelle apareció por la puerta.

Chantelle: *Influencer*, modelo y efímera prometida de Bruce.

Una cosa tenía que reconocer: sabía cómo hacer una entrada espectacular y que todas las cabezas se volvieran hacia ella.

Las conversaciones se detuvieron en seco, solo se oía la música horrible de los noventa que alguien había elegido. La mitad de los empleados la miraban boquiabiertos, mientras la otra mitad sacaban fotos con el móvil.

La había invitado yo, simplemente para que Bruce descargara un poco de tensión, viviera un poco. Últimamente estaba más tenso e insoportable de lo normal. Necesitaba... una distracción. Un poco de acción. Un buen polvo, vamos.

Y otra cosa no, pero parecía que Chantelle al menos era capaz de eso. Hablaba de oídas, evidentemente, y no precisamente por parte de Bruce: no era el típico que iba contando por ahí sus hazañas de dormitorio.

Aún así, parecía que en aquel momento Bruce ya no necesitaba mi intervención para... desfogarse, por así decirlo.

Curvé los labios en una sonrisa. Eso no impedía que pudiese divertirme un poco.

Chantelle se acercó con sus andares gatunos, como si estuviera en una pasarela. Miró con disgusto a su alrededor, la oficina gris, los alrededores... Era todo bastante menos lujoso a lo que ella estaba acostumbrada.

—¿Dónde está Bruce?

Otra cosa buena de Chantelle —y no tenía muchas— era que iba directa al grano.

—En su despacho. Última planta—. Como seguía mirándome con cara de nada, me vi obligado a añadir: —Su nombre está en la puerta. ¿Placa de metal?

Por fin se dio la vuelta y se fue, sin decir palabra.

Bruce me iba a matar, pero merecía la pena. Me reí por dentro. Habría dado lo que fuera por ser testigo de lo que estaba a punto de pasar tres plantas por encima de nuestras cabezas...

—¿QUÉ acaba de pasar?

Me volví hacia Berverly. Bev. Dios, cantaba a niña bien de colegio de pago a dos kilómetros de distancia. Lo sabía bien: había estado rodeado de

ellas toda mi vida.

No sabía por qué, pero aquello la hacía aún más atractiva. También ayudaba su proposición. Desde que me la había hecho, estaba teniendo problemas para concentrarme y me había subido la temperatura varios grados. Tenía que cortar de raíz la situación.

Entonces me di cuenta de que aún no había respondido.

—Nada —dije, distraído—. Escucha, Beverly... Gracias por el interés. Pero tengo que responder que no.

Me miró, pensativa.

—No soy tu tipo —dijo, medio afirmación medio pregunta.

Estuve a punto de atragantarme con mi cerveza. Otra vez.

—No es eso —suspiré.

El caso era que no, tampoco era mi tipo. Pero nunca me había atraído tanto una mujer que no fuese mi tipo.

—No puedo... tener relaciones con empleadas —continué diciendo. En realidad era con subordinadas, pero no lo dije exactamente así, estaba seguro de que no iba a hacerle gracia—. Va en contra de la política de la empresa.

Levantó las cejas.

—¿Entonces tú también trabajas aquí? —preguntó, decepcionada.

Es verdad, que al final no se lo había dicho. Ya no era importante, ya no tenía relevancia, no tenía por qué ocultarlo, porque aquello no iba a ir —no *podía* ir— a ninguna parte.

—Soy el vicepresidente.

—De *Holland Enterprises* —dijo, más que preguntar.

Asentí con la cabeza.

—Estupendo —musitó, apartando la vista.

SEIS

BEVERLY

Me estaba cubriendo de gloria. No solo había hecho la proposición más torpe en la historia de las proposiciones —el tipo se había atragantado, por el amor de dios—, si no que se la había hecho al vicepresidente de la empresa.

Qué desastre, dios.

Bueno. De perdidos al río.

—Entonces es un no.

Tomó aire, y pareció que le costaba responder. Algo era algo.

—No. No puedo... *confraternizar* con empleadas. No es personal, pero no. Gracias. Pero no.

Creo que nunca en mi vida me habían dicho tantos *noes* seguidos. No parecía tan fácil liarse con un tipo como todo el mundo decía.

Había sido vergonzoso preguntar, pero el mal trago ya había pasado. Por su reacción —casi muere atragantado—, no parecía que fuese muy común preguntar directamente. Tendría que buscar asesoramiento. Pensé en Fiona: aunque había estado casada hasta un año antes, estaba segura que desde entonces había tenido que tener alguna aventura esporádica de una noche. Tenía que preguntarle cómo lo hacía, cuál era el procedimiento.

En fin, ya daba igual. Al menos por esa noche.

Suspiré y le di un sorbo a mi coca cola caliente.

—Tendré que buscarme a otro, entonces —murmuré.

La verdad, no sé a quién quería engañar. Sabía perfectamente que no iba a

buscarme a nadie. Por lo menos no esa noche: estaba agotada ya solo de haberme atrevido a preguntar. Se me había ido todo el valor. De hecho, lo más probable era que acabase la noche en casa, en mi habitación, sola, fantaseando con el alto, moreno, guapísimo John no solo esa noche, sino los siguientes... *hum...* meses.

Dios, era patética.

—No —dijo John, al cabo de unos instantes, entre dientes.

Me volví a mirarle.

—¿Perdona?—. Tenía que haber oído mal.

Me miró como si estuviera en lucha consigo mismo.

—Que no, que no te voy a dejar salir al mundo buscando un rollo de una noche.

Apoyé la coca cola en la mesa solo para poder cruzar los brazos sobre el pecho.

—¿Perdona?—. Ahora sí que tenía que haber oído mal. ¿Que *no me iba a dejar* qué?

Empecé a verlo todo rojo.

JOHN

ME PASÉ la mano por la cara. Joder, qué desastre.

Lo había dicho sin pensar, pero no pensaba retirarlo. Iba en serio. Tomé una decisión en ese mismo instante. Una mala decisión, de eso estaba seguro. Pero no veía otra salida.

—He cambiado de opinión —dije.

No podía dejar que aquella cría... mujer, era una mujer, por muy inocente que fuera: que aquella mujer, sin apenas experiencia, saliese al mundo el día de San Valentín, buscando una aventura, como lo había llamado ella. Un rollo de una noche. Un polvo, vamos. Podía tener mala suerte y encontrarse con cualquier tipo sin escrúpulos.

Para que quede claro: No tenía intención de tener ningún *rollo*, ni de una noche ni de ningún otro tipo. Seguía pensando lo mismo: las empleadas de la empresa estaban totalmente prohibidas. Era algo que siempre había creído, no era una relación de poder igualitaria y era un foco potencial de problemas.

Pero podía entretenerla para que no fuese a buscar su *rollo de una noche* a

ninguna otra parte.

Estaba claro que era una ocurrencia, algo que nunca había hecho y que no era su estilo. Si conseguía entretenerla el resto de la noche, seguramente la idea se le iría de la cabeza.

—¿Pero no has dicho antes que no? ¿Que no *confraternizabas* con empleadas? —preguntó.

—He cambiado de opinión —repetí.

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—¿No puedo cambiar de opinión?

Me miró, los ojos entrecerrados, desconfiando.

SIETE

BEVERLY

¿Había cambiado de opinión en cuánto, en dos segundos?
Vale, muy bien. Vale.

Empezaron a picarme las palmas de las manos, cosa que me pasaba siempre que estaba nerviosa.

Me quedé mirándole, unos segundos.

—¿Nos vamos de aquí?

Dije. Yo. No, en serio; lo había dicho *yo*. O más bien mi boca, sin permiso de mi cerebro.

Cerré los ojos un instante. Era un desastre para aquello de las relaciones casuales. Pero así se aprendía, ¿no? Practicando. ¿Verdad?

Aunque me hubiese gustado practicar con un tipo menos atractivo. Más de andar por casa. Estaba segura que en cualquier momento iba a levantarse y salir corriendo...

Sin embargo, no fue eso lo que hizo.

Lo que hizo fue sonreír ligeramente, sus increíbles labios curvándose en una sonrisa letal (al menos letal para mí), los bordes de los ojos llenándose de arruguitas diagonales...

Oh dios oh dios, estaba enamorada. O algo parecido. Se me pusieron todas las hormonas de punta, cosa que no recordaba que me hubiese pasado... nunca.

—¿Adónde? —me respondió, en la voz un ligero toque de humor.

Buena pregunta.

A mi casa no, eso estaba claro: todavía vivía con mis padres. Cosa que no iba a decir en voz alta, bajo ningún concepto. Vale, era una casa grande, tenía mi propia entrada para privacidad... pero vivía *con mis padres*. Llevar a alguien a la habitación que había ocupado desde los cinco años era algo que no iba a hacer, ni loca. No se podía ser más triste.

Y otra de las cosas que tenía cambiar, si realmente lo de mi nueva vida iba en serio. Independizarme de una maldita vez.

Aunque en ese momento estaba concentrada en no meter la pata, lo de mi nueva vida podía esperar.

—¿Quieres irte ahora? ¿Le pasa algo a la fiesta? —preguntó John.

Aparte de que era horrible y aburrida, no.

—No, pero igual estamos perdiendo el tiempo, ¿no crees?

Una vez que había dicho que sí a mi horrible propuesta, quería ir al grano *cuanto antes*.

No me gustaba procrastinar. Una vez que decidía hacer algo, me gustaba quitarme las cosas de encima cuanto antes.

Aparte, claro, de mis hormonas de punta. Teníamos que irnos de allí o corría el riesgo de arrancarle la camisa en los siguientes treinta segundos.

No sé si me explico.

—No tenemos prisa —dijo John. Evidentemente, hablaba por él—. Acompáñame a mi despacho a por mis cosas, y luego podemos ir a cenar, si quieres.

Era un plan. Solo tenía que controlarme un poco más. Lo había hecho durante un montón de años, unas cuantas horas de abstinencia más no me iban a matar... suponía. Así además podía conocerle un poco mejor. Tenía que reconocer que también estaba un poco bastante nerviosa. No sabía cómo funcionaba todo ese aquel asunto de las relaciones informales.

Si tenía que ser sincera, no sabía lo que estaba haciendo. Decir que aquello me quedaba un poco grande era decir poco.

Cogí el bolso del respaldo de mi silla, mi gabardina del perchero.

Salimos de la fiesta. No había sido una maravilla pero estaba degenerando todavía más: había visto a un par de personas bailando con la corbata en la cabeza, y a un grupito de gente explotando los globos en forma de corazón con una grapadora.

Solo esperaba que no les pillase Marissa de marketing cargándose sus globos, o le iba a dar un infarto.

Avanzamos por el pasillo en silencio. Nos paramos frente al ascensor.

Una mujer de mundo, una mujer de mundo, me iba repitiendo mentalmente... la verdad es que la situación era bastante incómoda. John podía hablar de algo, también.

Aunque a él tampoco se le veía muy cómodo. Llamó al ascensor y se quedó mirando fijamente los botones, como si fuesen algo interesantísimo.

Abrí la boca para decir algo, cualquier cosa que rellenase el incómodo silencio, cuando el ascensor hizo *ding*, se abrieron las puertas y Chantelle apareció al otro lado.

No era que me pasase el día en Instagram, tenía la cuenta prácticamente abandonada, pero incluso yo sabía quién era Chantelle. *Todo el mundo* sabía quién era Chantelle.

Parecía de mal humor, pero cuando miró hacia adelante y nos vio (o mejor dicho vio a John, porque a mí ni siquiera me miró), se le iluminó la cara con una sonrisa.

Una sonrisa maléfica, tengo que añadir.

—¡John! —dijo, en una voz alta y chillona y falsa, saliendo del ascensor, la sonrisa haciéndose cada vez más ancha y más maléfica, si era posible. Avanzó hasta pegarse a él, y luego puso las manos en la solapa de la chaqueta de su traje.

Me pregunté si me había vuelto de repente invisible.

—¿No has encontrado a Bruce? —dijo John, y parecía que lo decía con un poco de sorna.

—Digamos que estaba... ocupado —respondió ella, torciendo el gesto. Pero da igual, te he encontrado a ti. Bruce ya es historia para mí.

Era oficial. Me había vuelto invisible. Eso a pesar de estar a escaso medio metro de John.

Le pasó una mano por la mandíbula, y de repente me dieron ganas de arrancarle los ojos.

No sé por qué.

—¿Qué te parece si nos vamos tú y yo a un sitio más... privado?

John levantó las cejas y miró en mi dirección. Fue entonces cuando Chantelle pareció darse cuenta de mi presencia.

Se le volvió a formar la sonrisa maléfica.

—No te preocupes, tu... *amiga* puede venir también, si quiere. No hace falta que participes, cariño —dijo, dirigiéndose directamente a mí—, si quieres puedes mirar.

No sabía qué hacer ni qué decir, me la quedé mirando como si estuviese

loca, pero no hizo falta que hiciese ni dijese nada, porque en ese momento John separó cuidadosamente a Chantelle (y sus manos) de su persona.

—Una oferta tentadora —dijo, con disgusto, como si se estuviese refiriendo a comer ojos de rana —pero no, gracias.

Se sacudió ligeramente la chaqueta del traje para alisar las arrugas que le había dejado Chantelle al agarrarle. Me salió una sonrisa involuntaria.

A la mujer se le cambió totalmente el gesto, parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas.

—Si nos disculpas —dijo John, cogiéndome del brazo y rodeándola para poder entrar en el ascensor.

La puerta se cerró sin que la mujer hubiese recuperado la capacidad de habla.

—*Wow* —dije—. Parecía a punto de estallar.

—Sí —respondió John—. Nos hemos librado a tiempo...

John se quedó a mitad de frase cuando el ascensor se paró de repente, con un frenazo seco que nos hizo tambalearnos.

OCHO

JOHN

*P*or si no había empeorado lo suficiente la noche con la aparición de Chantelle y su triste intento de seducirme, o vengarse de Bruce conmigo, o lo que fuera aquello, de repente se paró el ascensor.

—Oh no, *nonono...* —dijo Bev, dándole repetidamente al botón de la planta 20, que era a donde nos dirigíamos antes de que el ascensor se parase.

También era mala suerte que, teniendo en cuenta que solo teníamos que subir tres pisos, de la planta 17 a la 20, el ascensor se parase precisamente en ese momento. En un viaje de menos de un minuto.

Ni siquiera habíamos llegado a la planta 19. Nos habíamos quedado atascados entre la 18 y la 19.

—¿Y ahora qué? —preguntó, desesperada.

Buena pregunta.

Suspiré. Por qué, por qué, por qué se me ocurriría arrastrar a Bruce a aquella maldita fiesta.

La noche ya no podía empeorar más. Esperaba.

—Oh dios, vamos a morir —dijo Bev.

—No vamos a morir.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo estamos atrapados en un ascensor. No puede ser tan malo.

Entonces se fue la luz, y nos quedamos solo con la tenue luz de emergencia, una bombilla roja en una esquina del ascensor.

—Oh dios oh dios oh dios.

—Tranquila —dije, pero no pude evitar pasarme el dedo por dentro del cuello de la camisa, en la nuca. Tenía un poco —un pelín solo— de claustrofobia.

Pulsé el botón de alarma del ascensor, esperando que alguien nos hablase por el altavoz que había debajo.

Nada.

Volví a pulsar el botón, unas cuantas veces seguidas. Ni siquiera emitía ningún sonido, ¿cómo íbamos a saber que funcionaba?

Me apoyé en una de las paredes del ascensor, y cerré los ojos un instante.

Dios, qué desastre de noche.

—¿Soy yo, o de repente ha subido la temperatura?

Tuve que sonreír, porque Bev había pronunciado la línea de peli porno perfecta, y ni siquiera se había dado cuenta.

De todas formas, tenía razón. La temperatura estaba subiendo por momentos.

—Es el aire acondicionado —dije—. Se ha parado, junto con las luces... debe haber sido un fallo de corriente.

—Oh dios mío, lo sabía, vamos a morir. Nos vamos a caer.

—No nos vamos a caer —miré la placa bajo los botones del ascensor, con el nombre de la compañía y el número de teléfono para emergencias.

—¿Cómo estás tan seguro?

No lo estaba, pero tampoco era la primera vez en mi vida que me había quedado atascado en un ascensor, y no me había caído nunca. Esperaba que aquella vez no fuese la primera.

Eso no lo dije en voz alta, por si acaso.

Saqué mi móvil, y después de que el teléfono sonara veinte veces antes de que alguien se dignara cogerlo —parece ser que los viernes por la tarde/noche de San Valentín nadie puede quedarse encerrado en un ascensor, a su cuenta y riesgo—, y de una tensa conversación, me informaron de que un técnico se pasaría en “unos cincuenta minutos o una hora, más o menos”.

Y eso era lo que me estaban diciendo. Probablemente fuese el doble de tiempo.

—¿No puede ser antes? No tenemos aire acondicionado. Ni agua.

—Es febrero, no puede hacer tanto calor —dijo la tipa del teléfono con desgana—. Y nadie ha muerto de sed por pasarse una hora sin beber agua...

—Lo único que digo—

—Lo siento —me cortó la mujer del teléfono —el técnico está en la otra

punta de la ciudad, y necesita ese tiempo solo para cruzarla, con el tráfico que hay a estas horas. Que pase una buena noche.

La mujer colgó, y me quedé mirando el móvil como un idiota.

Dos cosas. La primera, que el técnico estuviese en la otra punta de la ciudad rescatando a otras personas, me daba mal rollo. No decía nada bueno de la tasa de averías de los ascensores de aquella empresa. Y segunda, la atención al cliente dejaba bastante que desear, así que escribí rápidamente una nota en el móvil para recordar que tenía que cambiar de compañía de soporte de ascensores...

Aunque eso no nos iba a sacar del brete en el que estábamos en ese momento.

—Sí que tenemos agua.

—¿Eh? —dije, distraído, pensando en todas las formas de las que podía vengarme de la mujer del teléfono.

Bev sacó un botellín de agua de su bolso enorme.

—Siempre llevo agua encima. Tiendo a deshidratarme —la abrió, fue a beber pero luego pareció pensárselo mejor—. Será mejor que la racionemos.

—Esperemos no estar aquí el tiempo suficiente como para llegar a racionar el agua —dije, medio bromeando.

—Esperemos —repitió, agorera.

NUEVE

BEVERLY

Eatorce minutos y medio desde que se había parado el ascensor.
Once minutos desde que John había llamado al servicio técnico.
No era como si los estuviese contando. Exactamente.

Estaba apoyada en la pared, el espejo a mi derecha, la puerta del ascensor a mi izquierda, intentando no pensar en que estaba encerrada en un ascensor. Intentando no pensar en que había 18 pisos de altura debajo de mis pies.

Me levanté la coleta y me di aire en la nuca. Estaba asada de calor.

Me quité la chaqueta. El ascensor olía ligeramente a desinfectante, seguramente lo acababan de limpiar, las señoras de la limpieza pasaban siempre a última hora de la tarde, así que me atreví a apoyar el bolso en el suelo, la chaqueta encima.

Estaba a dos segundos y medio de sentarme en el suelo.

Me agaché para sacar el agua del bolso.

—¿Quieres agua? —le pregunté a John.

Negó con la cabeza.

Bebí un trago, y una gota de agua se deslizó por mi cuello, hasta mi escote. Volví a agacharme para guardar el agua en el bolso, y cuando me incorporé John me estaba mirando fijamente.

No se había movido de posición en once minutos, apoyado en la pared del ascensor frente a mí, los brazos cruzados sobre el pecho.

Él se había quitado la chaqueta antes, y la postura hacía que se le marcasen los bíceps y los músculos de los antebrazos...

Me separé la blusa del cuerpo para darme aire y vi cómo sus ojos se deslizaban hasta mi escote.

Se separó de la pared y en un paso llegó hasta donde yo estaba.

—¿Sigues queriendo una aventura de una noche? —dijo, sin descruzar los brazos.

Le miré, confundida.

—Sí... ¿no era eso en lo que habíamos quedado?

Se mordió el labio inferior, grueso y perfecto, y no pude evitar que mi mirada se deslizara hasta su boca.

JOHN

NO LA SAQUÉ de su error.

Llevábamos poco más de diez minutos allí encerrados, y estaba siendo una auténtica tortura.

Todo era una tortura para mí: cuando se había quitado la chaqueta. Verla agacharse a coger el agua. La gota que se había deslizado por la columna de su cuello, por su escote... La blusa, con dos botones desabrochados, de tela fina, a través de la cual se adivinaban los pechos pequeños y duros...

Su perfume, jazmín mezclado con algo más oscuro, invadió el ascensor y tuve que resistir la tentación de enterrar la nariz en su cuello.

Empecé a preguntarme cómo sabría, la textura de su piel... si el culo que se adivinaba debajo de aquellos pantalones con raya era tan prieto como parecía, y aquellas piernas largas que parecían hechas para rodear mi cintura.

Tenía un problema.

Estaba en un ascensor, iluminado con la tenue luz roja de emergencia, sin aire acondicionado, con una mujer que según sus propias palabras quería *un rollo de una noche*, y empalmado como un quinceañero.

Y ella debía haberse dado cuenta, porque de repente estaba mirando a todas partes menos a mí. En aquel preciso instante estaba mirando al techo.

Se le aceleró la respiración y se le tensaron los botones de la blusa. Podía adivinarse a través de la tela el relieve del encaje del sujetador que llevaba debajo.

Dios, me estaba volviendo loco.

—Bev —dije, con la voz ronca.

—¿Mmmm? —respondió ella, mirando al techo.

—Beverly.

—¿Sí?

—Mírame.

Lo hizo, y a pesar de la falta de luz me di cuenta que tenía la cara roja. Era tan evidente que se notaba incluso bajo la luz roja de emergencia. El rubor empezó a extenderse por el cuello y el escote.

No pude evitar sonreír.

Me acerqué un poco más hasta que nuestros cuerpos estuvieron a punto de tocarse. Puse las manos en su pelo, y deslicé suavemente la goma que lo sujetaba hasta que su coleta se deshizo. El pelo le cayó sobre los hombros en cascada.

Cerró los ojos un instante y entreabrió los labios.

Dios, qué ganas tenía de besarla.

—Quiero besarte —dije.

Abrió los ojos ligeramente, y me miró con ellos entrecerrados.

DIEZ

BEVERLY

*M*e pregunté si estaba soñando. La luz roja de emergencia, John tan cerca... su piel emanaba calor, y aunque estaba casi pegado a mí, de repente necesité que se acercase un poco más todavía. Necesitaba sentir su cuerpo en el mío.

Me cogió la cara entre las manos, los pulgares acariciando mi mandíbula. Me miró con los ojos azules, que se veían más oscuros por la falta de luz y el deseo.

—Bev —dijo, justo antes de posar los labios sobre los míos.

Me besó, suavemente al principio, hasta que rozó su lengua por mis labios. Los abrí, la metió dentro, luchó contra la mía. Me costaba respirar. Empezó a desabrocharme la blusa con una mano mientras tenía la otra enredada en mi pelo.

Metió la mano por la abertura de la blusa, rozándome el pezón por encima del sujetador.

Oh dios, sí.

Gemí dentro de su boca.

Siguió haciendo lo que estaba haciendo, cambió de pecho... la barrera de encaje del sujetador me estaba volviendo loca. Quería sentir su piel en la mía, y quería sentirla *ya*.

Pareció leerme el pensamiento porque bajó la copa del sujetador y volvió a atacar mi pezón, esta vez sin ninguna barrera, y sin dejar de besarme.

Cogió mi pezón entre su dedo pulgar e índice, lo rotó y sentí cómo me

humedecía.

Entonces escuché el sonido metálico de una hebilla del cinturón al abrirse —la suya—, y se me aceleró la respiración.

Luego, escuché la cremallera.

Después John me cogió la mano y me pasó la punta de la lengua por la palma.

Dios, iba a desmayarme de un momento a otro.

Llevó mi mano hasta su entrepierna y la metió por dentro de su pantalón.

Cerré la mano alrededor de su sexo casi de forma instintiva. Aguanté la respiración. Era ancho, duro y caliente... empecé a ponerme roja.

¿Qué podía decir? No podía evitarlo. Era mi naturaleza.

Empecé a mover la mano y John me mordió ligeramente el lóbulo de la oreja.

—¿Cómo quieres que te folle?

Empecé a notar cómo me ardía la cara. Más todavía, si eso era posible.

—No puedo... —me aclaré la garganta—. No puedo decirlo en voz alta.

Era obvio que si no estaba acostumbrada a hacerlo, menos estaba acostumbrada a narrarlo.

—¿Por qué no? —preguntó, divertido.

—¡No sé, pero no puedo! —empecé a impacientarme.

—¿Cómo llamas a esto, entonces? —dijo echando las caderas hacia adelante, el significado de sus palabras más que claro.

Repito, no tenía mucha experiencia, pero por la poca que tenía, y por lo que abarcaba mi mano, tenía que decir que era grande, más de lo normal. Aunque tampoco es que tuviese mucho con qué comparar...

Oh dios, dios.

Estaba totalmente fuera de mi elemento. Total y completamente. Fuera. De. Mi. Elemento.

—Mmm... —me mordí el labio—, ¿pene?

Cerré los ojos con fuerza. *Tierra, trágame.*

Escondió la cara en el hueco entre mi cuello y mi hombro y empezó a reírse a carcajadas.

Tengo que decir que me gustaba el sonido de su risa, pero no me gustaba ni un pelo que estuviese riéndose de mí.

—No te rías de mí —dije, seria, deteniendo el movimiento de mi mano.

—Cariño... —levantó la cara de mi cuello y me miró. Estaba lagrimeando de la risa—. Si no puedes decir la palabra polla, ¿cómo vas a decirme lo que

quieres que te haga con ella?

Tomé aire.

—Puedo enseñarte.

Se le cortó la risa de repente.

—Eso también podría funcionar —dijo, con voz ronca, mirándome la boca.

Y luego me besó, salvajemente, mordiéndome los labios, como si quisiera devorarme.

Seguí moviendo la mano, hasta que John dejó de besarme y juntó nuestras frentes.

—Para —dijo en un susurro ahogado.

Eso hice, pero no saqué la mano de dentro de su pantalón. Durante unos segundos solo se oyó su respiración entrecortada. Fue él quien cogió mi mano y la sacó de su pantalón, y antes de que me diese cuenta se había arrodillado frente a mí.

Me desabrochó los pantalones en cero coma dos segundos, me quitó los zapatos y en un segundo más había deslizado mis pantalones y mis braguitas por los muslos. Antes de darme cuenta, estaba desnuda de cintura para abajo, frente a él, la blusa abierta, el sujetador todavía puesto.

—Ven aquí.

Fruncí el ceño, desconcertada, y miré hacia abajo

— ¿Aquí dónde? Estoy aquí.

—No, *aquí*.

Tiró de mí, agarrándome de las caderas, y puso mi entrepierna justo sobre su cara.

Vaya, así que *a eso* se refería.

Acercó sus labios, sacó la lengua y empezó a pasarla por mi sexo que estaba ya más que húmedo...

Alternaba entre succionar mi clítoris y meterme la lengua dentro... nunca había sentido nada parecido, empezaron a hormiguearme las piernas, agarré su pelo con una mano mientras con la otra intentaba sujetarme a la pared del ascensor.

Empecé a gemir, uno de los placeres más intensos que había sentido en mi vida...

Oh dios, qué me estaba haciendo?

Cerré los ojos, y empecé a ver las estrellas por dentro de los párpados.

—Así, ¿ves? Así está bien... ábrete, abre un poco más las piernas... eso

es... ¿qué sientes?

¿Que qué sentía? ¿Cómo podía ponerlo en palabras, si no las tenía?

Oh dios, era todo lo que podía pensar. *Oh dios dios, dios.*

Dios mío de mi vida.

Empezó por los tobillos. Era como pisar un cable eléctrico, pero absurdamente el centro de gravedad, la zona cero estaba en mi entrepierna, donde la lengua de John hacía círculos lentamente...

—John... John...

—Déjame comerte, cariño.

Era curioso, pero le oía a trozos, como si estuviera debajo del agua, o dentro de un sueño.

—Eres preciosa... me encanta tu coño. Te lo voy a follar, primero despacio, lentamente, hasta el fondo, luego deprisa y duro... te va a encantar...

La voz... *dios*, la voz grave y profunda que se deslizaba por mis poros y mis sentidos... podía haber estado recitando la lista de la compra y me habría excitado igual.

—Sí, sí... —dije.

—¿Sí a qué?

—Sí a todo...

Le noté reírse justo sobre mí, los labios sobre mi vulva, y entonces exploté, contra la pared del ascensor, como una sucesión de fuegos artificiales que no se acababan nunca.

Era mucho, mucho, *pero que mucho* mejor que cualquier orgasmo autoinducido.

ONCE

JOHN

Dulce como la miel. Lamí un poco más después de su orgasmo, y luego pasé mis labios por sus muslos, dejando una estela de pequeños besos.

Me incorporé como pude, más afectado de lo que pensaba en un principio.

Bev estaba apoyada en la pared, los ojos cerrados, recuperándose. Terminé de quitarle la blusa, que cayó al suelo, reuniéndose con el resto de nuestra ropa. Le quité el sujetador y dejé al descubierto los pechos pequeños que me estaban volviendo loco desde la primera vez que había puesto la vista sobre ella. Pasé la lengua por sus pezones, una y otra vez, hasta que empezó a gemir de nuevo.

Tuve un pensamiento vago sobre la posibilidad de que se presentase de repente el técnico de los ascensores, pero lo descarté enseguida. Nunca venían antes de lo que decían; como mucho, después.

Con la respiración acelerada saqué de mi cartera un condón, abrí el paquete con los dientes y me lo puse con manos temblorosas.

Tenía los pantalones abiertos de antes. No me molesté en quitármelos.

—¿Estás bien? —pregunté.

Bev abrió por fin los ojos y me sonrió, el pelo revuelto, los ojos brillantes...

Sonreí de vuelta, me posicioné en su entrada y empujé, entrando de golpe dentro de ella. Su coño caliente me dio la bienvenida, pulsando alrededor de mi polla... tuve que pararme un instante con mi frente apoyada en la suya para

no correrme en ese preciso instante, como si en vez de un hombre de 32 años fuese un adolescente sin experiencia.

Bev soltó un gemido largo, casi un grito, y se mordió el labio, como si no quisiera hacer ruido. Pasó una de sus piernas alrededor de mi cintura. Cogí el muslo y la subí un poco más, mientras seguía empujando. Flexionaba un poco las piernas y cogía potencia para penetrarla en la subida, cada vez más fuerte y más profundo, rodeado de su calor y de su sexo húmedo.

Bev se agarraba a mis hombros, mientras ayudaba, empujando con sus caderas y subiendo un poco más la pierna que tenía alrededor de mi cintura.

No sabía si era por la falta de experiencia o simplemente que era deshinibida por naturaleza, pero el entusiasmo con el que se estaba entregando me estaba poniendo a mil.

—John, John... —gimió, la cabeza echada hacia atrás, apoyada contra la pared del ascensor.

—¿Qué? —pregunté, jadeando, empujando con las caderas hacia delante una y otra vez.

—No dejes de hacer eso, no dejes de... ¡dios!

Echó la cabeza hacia atrás de repente, y me dio el tiempo justo a ponerle la mano en la parte de atrás y que no se diese en la pared de metal del ascensor.

Empezó a correrse, los músculos haciendo espasmos alrededor de mi polla, y tuve que concentrarme para no ir yo detrás.

Se mordió el labio.

—Grita si quieres, Bev, nadie va a oírte —dije, mientras con la mano que no tenía en su nuca la bajaba hasta su clítoris y empezaba a hacer círculos.

Entonces fue cuando dejó de morderse el labio y empezó a gemir, los ojos cerrados.

—¡Sí! ¡Sí!

—Eso eso, eso es... —empecé a hacer círculos con las caderas, mientras la penetraba más profundamente—. Otra vez, quiero que te corras otra vez...

—No puedo, no puedo, no...

—Claro que puedes —bajé la cabeza y empecé a pasar la lengua por sus pechos, por sus pezones pequeños y erectos. Sabía a sal y a lavanda. Me metí uno de sus pezones en la boca y lo mordí ligeramente, mientras aumentaba el ritmo de las embestidas—. Claro que puedes, no hay límite en los orgasmos que puedes tener... podemos estar así toda la noche...

—¡John!

Y allí estaba otra vez, corriéndose en mi polla. Quité la mano de su clítoris y la agarré de las caderas, subiéndola y bajándola, empalándola en mi polla dura una y otra vez, mientras gemía y gritaba. Me clavó las uñas en los hombros mientras yo cerraba los ojos y me concentraba en no correrme, en follarla cada vez más rápido, cada vez más profundo...

Estaba empezando a perder el control (más todavía, el poco que me quedaba), así que cuando noté que volvía en sí del último orgasmo, paré un poco el ritmo y apoyé la frente en su hombro para recuperarme.

Dios, no quería que aquello acabase. Quería darle todo el placer que fuese posible, volverla loca, hacerla adicta a mí. Nunca antes había tenido la necesidad de complacer a una mujer tan completamente. No quise analizar mucho, pero sentí la necesidad de satisfacerla para que nunca necesitase a nadie más que a mí... para que no fuese buscando un rollo de una noche nunca más, ni aquella noche ni ninguna otra noche.

Me alarmé un poco ante mis pensamientos, pero los aparté. No iba a pensar en eso ahora. Solo iba a actuar.

Y eso fue lo que hice.

Cuando estuve seguro de que podía moverme sin correrme, salí de dentro de Bev, que estaba medio ida.

—*Hmmm* —fue lo máximo que pudo decir, agotada como estaba, y no pude evitar sonreír.

Se dejó llevar, dócil, la piel ardiendo. Me moví con ella, dándole mordisquitos en los labios —no había acabado, no tenía suficiente, y mucho me temía que nunca iba a tener suficiente—, hasta llegar a la pared del espejo. Luego le di la vuelta hasta que quedó frente al espejo, yo a su espalda.

—Bev —el cambio de posición había llamado su atención. Ver el reflejo de ambos, desnudos, en la pared de espejo del ascensor la había despejado. Puso las manos en el espejo. Puse las mías en sus pechos, jugando con ellos, pellizcando los pezones, hasta que empezó a gemir de nuevo, y echó la cabeza hacia atrás

—¿Quieres que te folle?—. La vi asentir con la cabeza en el espejo—. Dilo.

—Quiero que, quiero que...

Me quedé fuera, solo la punta dentro, en su entrada.

—Dilo.

—Quiero que me folles —dijo, bajito.

—¿Qué quieres? Pídemelo. En voz alta.

—¡Quiero que me folles! —dijo de una vez, exasperada, y sonreí apoyado en su cuello.

De un movimiento de caderas la penetré hasta el fondo, mi polla dura metida hasta el fondo en su coño caliente.

—Sí sí, por favor...

Empezó a gemir de nuevo, y —milagro de milagros— a echarse hacia atrás con cada embestida, su culo encontrándose a medio camino.

Sí, había muchas cosas que podía enseñarle a Bev, y otras que estaba aprendiendo sola...

—Eso es, eso es —la agarré de las nalgas, y supe que las yemas de mis dedos se le iban a quedar marcadas allí, y me dio igual—. Eso es, así... dios, Bev, me encanta tu coño... *ah*, dios...

No sabía dónde mirar, si al espejo donde veía sus tetas botar y su cara desencajada por el placer, o hacia abajo para ver mi polla desaparecer dentro de ella una y otra vez, cada vez más deprisa...

No iba a aguantar mucho más, estaba empezando a ver borroso.

—Tócate —dije, con voz ronca.

—¿Qué? —respondió ella, totalmente ida a aquellas alturas.

Cogí una de las manos con la que se sujetaba a la pared y la llevé, junto con la mía, hasta su clítoris.

Cogí dos de sus dedos y los utilicé para masajear su clítoris.

—Eso es, ahora tú.

Separé mi mano para poder agarrarla de las caderas, y fue entonces cuando supe exactamente a dónde mirar... la vista gloriosa del espejo me golpeó: Bev, el pelo revuelto, los ojos semicerrados, mordiéndose el labio, el escote sudoroso, masturbándose mientras se movía con mis embestidas, tocándose, dándose placer a sí misma mientras la follaba desde atrás, una y otra vez, cada vez más deprisa, cada vez...

Empezó a correrse otra vez, echando la cabeza hacia atrás y gritando, aumentando el ritmo de su mano, de sus dedos, todo en ella sudoroso y caliente, sus músculos estrechándose alrededor de mi polla, y no pude aguantar más.

—¡Sí, sí, Bev, *ah*! ¡Joder, joder!

Un par de embestidas más y me quedé clavado, jadeando, corriéndome como no lo había hecho nunca, el orgasmo más intenso que había tenido en mi vida, con la frente apoyada en su espalda.

DOCE

JOHN

— ¿*T*ú crees que el suelo estará limpio?

Éra una pregunta absurda a aquellas alturas, teniendo en cuenta que estábamos tirados en él, en una amalgama de brazos y piernas. Aún así, parecía que sí lo estaba, y bastante.

—La señora de la limpieza suele pasar a las 7, así que sí, tiene toda la pinta —conseguí decir, asombrado de haber recuperado la capacidad de habla.

Le separé el pelo que se le había quedado pegado a la cara.

—¿Estás bien?

BEVERLY

¿*BIEN*? ¿Que si estaba *bien*? *Bien* era lo que una respondía cuando le preguntaban el lunes por la mañana qué tan el fin de semana. *Bien, normal, como siempre.*

En aquel momento, medio sentada medio derrumbada en el suelo del ascensor, bien no era la palabra que mejor describía mi estado.

Excepcional. Increíble. Flotando.

Con el cerebro volado.

De repente, no pude evitarlo, me dio la risa.

—¿Pasa algo? —preguntó John, ligeramente alarmado.

Igual pensaba que era una risa nerviosa, o que me arrepentía de algo. Nada más lejos de la realidad.

—Estaba pensando —intenté sobreponerme a mi ataque de hilaridad, por lo menos lo suficiente como para poder explicarme—. Antes, en la fiesta, estaba pensando en que nunca me pasaba nada —me doblé de risa, sujetándome el costado—. En que mi vida era aburrida...

No podía parar de reírme, era absurdo.

Vi a John sonreír, y alargar la mano para coger mi ropa, y acercármela.

Dios, era adorable. Además de tener un cuerpo increíble, musculoso y totalmente mordible.

Cuando se me pasó la risa, rebusqué en mi bolso el agua. Me bebí media botella, pasándole el resto a John.

Le vi beber, la cabeza echada hacia atrás, la barba de tres días, los músculos de su cuello... no, lo de un rollo de una noche no iba a funcionar. Iba a necesitar un poco más de tiempo, unas cuantas noches más (bastantes noches más, para ser sincera), para explorar todo lo que quería explorar con John.

Tenía que recuperar el tiempo perdido.

—Estaba pensando... — dije, mientras John terminaba con la botella de agua. La tapó y me la tendió. La guardé en el bolso. Dios, no podía quitar la vista de su pecho musculoso. Se lo podía tapar mientras hablaba. Bueno, daba igual; al grano—. Estaba pensando en cómo de firme es la política de empresa de no *confraternizar* con empleadas. Quiero decir, ¿se puede hacer una excepción para un rato en un ascensor... o se puede hacer una excepción *un poco más larga*?

No podía creerme que estuviese preguntando eso, pero, sinceramente, después de lo que acababa de pasar, podía permitirme hablar claro, pensé. Preguntar eso no era lo más atrevido que había hecho aquella noche.

Estábamos aprovechando para vestirnos mientras hablábamos, John se puso la camisa y perdí de vista el pecho musculoso. Una lástima.

Yo me había puesto ya la ropa interior y en ese momento me estaba abrochando la blusa.

—Creo que, a estas altura, *esa* política de empresa en concreto está más que destruida —dijo, sonriendo, como si tampoco le importara mucho—. Se ha quedado obsoleta.

—¿Entonces?

Se levantó, y me tendió la mano para ayudarme a levantarme.

Nos pusimos nuestros respectivos pantalones, y esta vez fueron las piernas

musculadas las que perdí de vista.

—Entonces —dijo, abrochándose el cinturón— sigue en pie la invitación a cenar. Si tienes hambre.

—Tengo —dije, sonriendo.

—Y también sigue en pie lo del rollo de una noche... extensible a todas las noches que hagan falta.

Estaba rehaciéndome la coleta frente al espejo y desvié la mirada para sonreír a su reflejo.

Se puso detrás de mí, me cogió de la cintura y me dio un beso en el cuello.

—Aunque primero tenemos que salir de aquí, claro.

Sí, era el pequeño detalle que había olvidado: seguíamos encerrados en el ascensor.

John miró su reloj de pulsera, y suspiró.

—Han pasado ya tres cuartos de hora. Voy a volver a llamar al servicio técnico.

Estábamos ya compuestos y visibles, y John tenía el teléfono en la mano, cuando de repente el ascensor se puso en marcha.

No me lo esperaba y tuve que sujetarme a las paredes para no caerme al suelo.

Después de unos segundos, las puertas se abrieron sin que no nos hubiese dado tiempo a nada más que a mirarnos, desconcertados.

Las puertas del ascensor se abrieron, concretamente, en la planta 20.

Al otro lado de ellas estaba Maya con el hombre con el que había estado hablando en la fiesta: Bruce Holland, presidente de Holland Enterprises, según había dicho John.

Nos quedamos mirándonos, cada uno a nuestro lado del ascensor, con los ojos muy abiertos.

—Nos hemos quedado atascados —dijo John, el primero en hablar.

Bruce entrecerró los ojos.

—¿Cuánto tiempo?

Carraspeé, porque no estaba segura de haber recuperado la voz.

—Casi una hora —dije.

Entonces Bruce me miró fijamente, luego miró a John de arriba a abajo, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Miré a Maya, y también parecía estar aguantándose la risa.

Estupendo. O sea, que debía ser más que obvio lo que habíamos estado haciendo dentro del ascensor.

Entonces me fijé en ellos.

—Maya —dije, y esta vez fui yo a la que le salió una sonrisilla.

—¿Qué?

—Tienes las medias en la mano...

EPÍLOGO

*P*ara mi mortificación infinita, Maya y Mr. Holland habían decidido esperarnos para irse a cenar con nosotros. En realidad lo habían decidido John y Mr. Holland (me había dicho que le llamase Bruce, pero en serio, no podía).

Para ser una persona a la que nunca le pasaba nada, de repente me había pasado todo a la vez: atrapada en un ascensor con el vicepresidente de la empresa, al que le había hecho una proposición (antes de saber que era el vicepresidente, claro está), me había rechazado, había aparecido una *influencer* en la oficina, salida de la nada, luego el vicepresidente había aceptado mi proposición, me había invitado a cenar, me había quedado atrapada en un ascensor, había tenido una experiencia dentro que superaba todo lo que había leído, visto e imaginado en mi vida, y ahora me iba a ir a cenar (el día de San Valentín, ni más ni menos) con dicho vicepresidente (John) el presidente (Bruce) y (menos mal) Maya.

¿No quería que me pasasen cosas? Pues toma dos docenas de tazas.

JOHN COGIÓ de su despacho el maletín con su portátil y sus cosas, las llaves del coche y nos reunimos con Maya y Mr. Holland en el ascensor.

Solo llevaba unos segundos de viaje cuando se paró.

En la planta 17.

Como se montase Chantelle, me iba a pegar un tiro allí mismo.

Pero cuando se abrieron las puertas, quien apareció al otro lado no fue Chantelle. Fueron Fiona y su ayudante, Matt.

No se estaban tocando, pero estaban demasiado juntos. *Sospechosamente* juntos. Además, se estaban mirando, sonriendo, y Matt tenía los ojos puestos en la boca de Fiona y estaba empezando a inclinarse sobre ella...

Hasta que se dieron cuenta de que el ascensor no estaba vacío y pegaron un salto para separarse. Fiona se quedó mirando alternativamente a Mr. Holland y a John con los ojos como platos. Y luego tragó saliva.

—Mr. Holland. Mr. Anderson.

Vaya, nunca era tarde para enterarme del apellido de John.

—Fiona —dijo Mr. Holland, un poco severamente, la verdad—. ¿Bajáis?

Matt, el ayudante de Fiona, no dijo nada, con la misma cara de *tierra trágame* que ella.

—*Mmm*, sí —dijo Fiona, y se metió en el ascensor, seguida de Matt.

Menos mal que el ascensor era enorme, lo que evitó que un momento incómodo fuese *aún más* incómodo.

—Fiona —dijo Maya.

—Chicas —respondió ella, mirando al suelo.

Supuse que la política de empresa de no confraternizar con empleados también se aplicaba a Fiona.

Glups.

Aunque también supuse que si se podían hacer excepciones, no había ningún motivo para que no se le aplicasen también a ella...

Bajamos unos segundos en silencio, hasta que Fiona dijo:

—Estábamos... repasando unos emails.

—Sí —respondió Maya—, igual que nosotras.

Entonces a John le dio la risa, y no hizo nada por intentar aguantarla. Le miré con el ceño fruncido y le dio aún más la risa.

—No, en serio —siguió diciendo Maya—. ¿Qué tenía ese vino?

—No lo sé... ¿alcohol? —respondió Fiona, y no lo pude evitar. Esta vez fue a mí a quien le dio la risa.

Tuve la sensación de que la conversación del lunes a la hora del café iba a ser muy, pero que muy interesante... y por una vez yo también iba a tener algo que contar.

FIN

* * *

Aquí concluye la historia de Bev y John, y la trilogía de “La Fiesta de San Valentín”. ¡Espero que te haya gustado!

Pasa la página para conocer algunas de mis otras historias.

ACERCA DE LA AUTORA

Nina Klein vive en Reading, Reino Unido, con su marido, perro, gato e hijo (no en orden de importancia).

Nina escribe historias eróticas, romance y fantasía bajo varios pseudónimos.

* * *

Página de Nina Klein en Amazon:

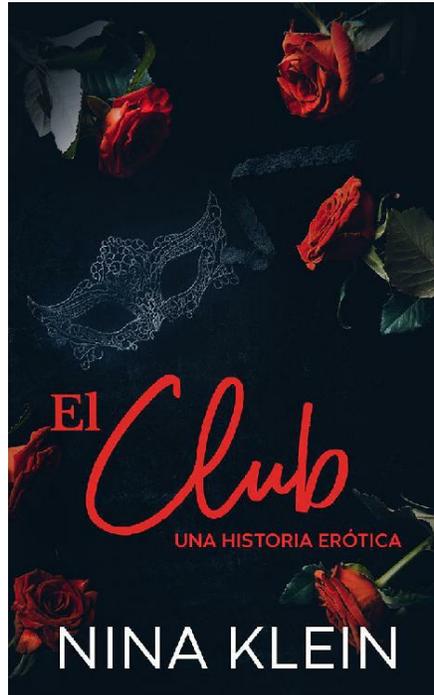
Amazon ES: amazon.es/Nina-Klein/e/B07J4HJ3C2

Amazon US: amazon.com/author/ninaklein

ninakleinauthor@gmail.com

OTRAS HISTORIAS DE NINA KLEIN

El Club



Caroline está harta de citas cutres en Tinder y de desperdiciar sábados por la noche en tipos que no merecen la pena.

Cuando le cuenta su último desastre a Chloe, su compañera de oficina, ésta le da una tarjeta misteriosa, con un palabra grabada en ella: *Poison*.

La tarjeta es de un club de sexo, donde todos sus deseos pueden hacerse realidad...

El sábado siguiente, con un vestido nuevo, unos zapatos de ensueño y hecha un manojo de nervios, Caroline se planta enfrente de la puerta del club.

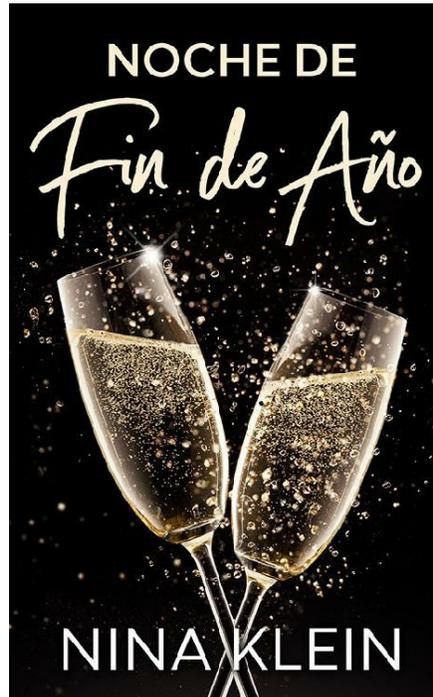
¿Se decidirá a entrar?

¿Será lo que ella esperaba, o será otro sábado por la noche desperdiciado...?

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

Noche de Fin de Año



Laura está dispuesta a terminar el año acampada delante de la televisión, en pijama, tragándose patéticos especiales de Nochevieja. Sus compañeros de piso, Mike y Sharon, no son capaces de convencerla para que les acompañe a la fiesta de año nuevo a la que iban a ir juntos y terminan yéndose sin ella.

Hasta que le llega una notificación de Instagram, la abre y ve una foto de su exnovio con su nuevo *amor*.

En la misma fiesta a la que ella iba a ir aquella noche.

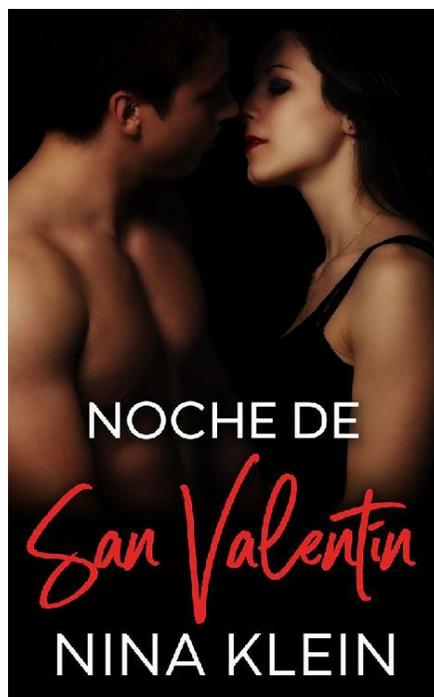
Así que decide vestirse a toda prisa para presentarse en la fiesta de improviso, justo antes de que den las doce, teniendo solo una cosa en mente: *venganza*.

Sin embargo, la noche no terminará *exactamente* como esperaba...

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

[Noche de San Valentín](#)



No era la noche de San Valentín que Rachel esperaba...

Rachel está sola la noche de San Valentín, y decide ir a comprar una pizza congelada, una botella de vino y una tarta para pasar la noche viendo películas pastelosas en Netflix.

Al volver del supermercado se encuentra con Ethan, de su oficina, increíblemente guapo (y joven). Ethan está borracho, su novia le acaba de abandonar y a Rachel le da pena dejarle así en la calle, así que le lleva a su casa para que pueda dormir la mona en su sofá.

Allí le deja, con un vaso de agua y aspirinas para la resaca, pero Ethan se despierta de madrugada sin saber dónde está, y al final la noche de San Valentín tiene un final que ninguno de los dos esperaba...

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *